

Introducción

La historia cultural abarca un amplio espectro en el que es posible reconocer diversidades conceptuales y metodológicas que obedecen a las distintas tradiciones historiográficas. Estas diferencias nos son irrelevantes porque surgen del propio objeto investigado: la cultura. El debate se inicia con la delimitación misma de lo investigado: qué es la cultura, cuáles son sus manifestaciones, cuáles sus componentes, y cómo se investiga. Continúa con la determinación de metodologías apropiadas para investigar una gama que comprende tanto las manifestaciones culturales expresadas del arte, como el estudio subjetivo de las mentalidades.

La diversidad es la característica, la historiografía de la cultura como objeto de la historia es coetánea y no secuencial, puesto que lo mismo convive una corriente que otra en el objetivo de historiar toda manifestación humana en el tiempo. En esta mesa, y en ese contexto, a continuación hago una remembranza sobre los debates que alrededor de historiar la cultura han caracterizado el estudio de su historia.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

I. La Escuela de los *Annales*

Desde su inicio, esta escuela cuestionó el quehacer histórico que había prevalecido durante el siglo XIX y desplazó la forma de hacer historia focalizada en individuos destacados en la política hacia la historia social y económica. Tanto para Lucien Febvre como para Marc Bloch, fundadores de la revista de los *Annales*, el objeto de la historia es el hombre, los hombres en el tiempo. Desde 1920, Febvre planteó en la conferencia inaugural del curso de Historia Moderna en la Universidad de Edimburgo, la necesidad de incorporar los conocimientos que habían desarrollado otras disciplinas como la estadística, la demografía, la lingüística, la psicología, para estudiar a los hombres en general, no a los individuos. Asimismo, propuso el análisis de la que posteriormente se llamó la nueva historia, para lo cual considera como fuentes no sólo los documentos de archivos, sino también la poesía, la pintura, la literatura y cualquier testimonio humano.¹

¹ L. Febvre (1993). *Combates por la historia*. Barcelona: Planeta-Agostini, (c. 1953). "Apertura del curso de historia moderna en la Universidad de Estrasburgo en febrero de 1920". pp. 28-29. "La historia es la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano. Y no la historia de las cosas o de los conceptos. [...] La historia es ciencia del hombre; y también de los hechos, sí. Pero de los hechos humanos. La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso. Y también los textos. Pero se trata de textos humanos. Las mismas palabras que los forman están repletas de sustancia humana. Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero todos los textos. Y no solamente los documentos de archivos en favor de los cuales se ha creado un privilegio: el privilegio de extraer de ellos, como decía el otro, un nombre, un lugar, una fecha, una fecha, un nombre, un lugar, todo el saber positivo, concluía, de un historiador despreocupado por lo real. También un poema, un cuadro, un drama son para nosotros documentos, testimonios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia. Está claro que hay que utilizar los textos, pero *no exclusivamente* los textos. También los documentos, sea cual sea su naturaleza: los que hace tiempo que se utilizan y, principalmente, aquellos que proporcionan el feliz esfuerzo de las nuevas

Por su parte, Bloch, además de escribir la disertación sobre *El oficio de historiador* cuatro años antes de morir a manos de los nazis en 1944, estudió las creencias y mitos populares que operan en el nivel de la conciencia en *Los reyes taumaturgos*.

La segunda generación de la Escuela de los *Annales*, a pesar de que sus trabajos se enfocaron principalmente a la historia económica, siguieron la tradición de los *Annales*. Ferdinand Braudel contribuyó a la obra titulada *La enciclopedia francesa*, que coordinó Lucien Febvre, con el capítulo V: “Historia de las civilizaciones: el pasado explica el presente” publicado en el tomo XX, cuyo subtítulo es: “El mundo en devenir. Historia, evolución, prospectiva”. En este texto, Braudel considera que una civilización es un conjunto de rasgos de fenómenos culturales, y que para hacer la historia de la civilización o de la cultura, de las civilizaciones o de las culturas, es necesario orquestar la historia de la lengua, la de las letras, la de las ciencias, la del arte, la del derecho, la de las instituciones, la de la sensibilidad, la de las costumbres, la de las técnicas, la de las supersticiones, la de las creencias, la de las religiones, incluso la de los sentimientos religiosos, la de la vida cotidiana, la de los gustos y recetas culinarias.²

La tercera generación de esta escuela retomó en gran medida la propuesta de estudio de la cultura como la gama de todas estas historias, e inició una corriente conocida como la historia de las mentalidades a partir de estudios demográficos

disciplinas como la estadística, como la demografía que sustituye a la genealogía en la misma medida, indudablemente, en que demos reemplazo en su trono a los reyes y a los príncipes; como la lingüística que proclama con Meillet que todo hecho lingüístico pone de manifiesto un hecho de civilización; como la psicología que pasa del estudio del individuo al de los grupos y masas. Y tantas otras disciplinas. [...] porque la historia se edificó, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido [...] hay que tomar prestados métodos e inspiración”.

² F. Braudel (2002). *Las ambiciones de la historia*. Barcelona: Crítica, pp. 198. El texto fue publicado por primera vez en el año de 1959.

y que ha seguido varias vertientes, entre ellas se encuentra la historia de lo imaginario. J. Le Goff, E. Le Roy Ladurie y Marc Ferro asumieron la dirección de la revista. Sin abandonar plenamente el análisis cuantitativo, se abocaron a los problemas culturales y a la historia de las mentalidades. Asimismo, iniciaron un diálogo con la antropología por vía de Levi-Strauss y Clifford Geertz, valoraron la obra de Michel Foucault junto a la de un historiador ajeno a los medios académicos, Philippe Ariés que en 1960 había publicado *La infancia y la vida en el antiguo régimen*.

Un muestrario de la diversidad de temas, problemas, métodos y enfoques que caracterizan esta nueva historia lo ofrecen los tres volúmenes que conforman la obra dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la Historia* (1974), y el libro que coordinan el propio Jacques Le Goff, junto con Jacques Revel y Roger Chartier, *La nueva historia* (1978). Los campos de estudios que destacan en este último texto atañen a las mentalidades, al imaginario colectivo, a las actitudes frente a la vida y la muerte, a la brujería, el cuerpo y la enfermedad y a la sociabilidad, incluyendo asimismo temáticas tratadas por las generaciones anteriores como eran la historia política, el acontecimiento, lo singular. Esta diversidad promovió un desplazamiento del proyecto original de Febvre de elaborar una historia total.

Roger Chartier definió la historia cultural como el estudio de las representaciones y los imaginarios, junto con el de las prácticas sociales que los producen. En esta historia incluyó nuevas categorías tales como las de experiencia o representación que permitirían captar la mediación simbólica, es decir, la práctica mediante la cual los individuos aprehenden y organizan significativamente la realidad social.³

³ R. Chartier (2000). *Cultura escrita, literatura e historia: conversaciones de Roger Chartier. Coacciones transgredidas y libertades restringidas*, México: FCE.

2. Hermenéutica, cultura e historia

La Escuela de los *Annales*, la que cuenta con el mayor prestigio en cuanto a la redefinición del objeto de la investigación histórica, fue una de las impulsoras de la historia de la cultura, pero no ha sido la única. Las nuevas categorías establecidas por Chartier como necesarias para captar la mediación simbólica de la cultura, es decir, la experiencia o representación, establecieron un vínculo muy importante con la hermenéutica, corriente que trata sobre los fenómenos de la comunicación y la interpretación.

Desde una perspectiva propia de la hermenéutica, se encuentran los estudios sobre cultura, principalmente la renacentista, y el análisis sobre la escritura de la historia del jesuita Michel de Certeau. Para este autor, en occidente el hacer historia nos conduce de manera necesaria a la actividad escriturística:

Poco a poco todos los mitos de antaño han sido reemplazados por una práctica significativa. En cuanto práctica (y no como discurso, que es su resultado), es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, de sustituir la oscuridad del cuerpo vivido con el enunciado de un 'querer saber' o 'querer dominar' al cuerpo, de transformar la tradición recibida en un texto producido; en resumen, de convertirse en página en blanco que ella misma puede llenar.⁴

Por otra parte, ha sido relevante la contribución a la historia cultural de dos filósofos dedicados a reflexionar sobre la hermenéutica, el francés Paul Ricœur y el alemán Hans-Georg Gadamer.

Gadamer trató el problema hermenéutico como un fenómeno propio de la experiencia humana cuya finalidad es comprender e interpretar correctamente lo que se comprende, pero no a partir de un método que someta al objeto de la experiencia

⁴ M. de Certeau (1993). *La escritura de la historia*, México: UIA, (c. 1978).

al conocimiento científico, no intentó construir un conocimiento acorde con el ideal metódico de la ciencia. Para este filósofo, la experiencia filosófica, la del arte y la de la historia “son formas de experiencia en la que se expresa una verdad que no puede ser verificada con los medios de que dispone la metodología científica”.⁵ Planteó que la historicidad se encuentra íntimamente vinculada a la tradición, al lenguaje y a las relaciones sociales de los sujetos que se desenvuelven en ella, y que sólo poniendo cierta distancia respecto a dichas relaciones es posible que el sujeto viviera una experiencia hermenéutica. Ésta última es la que le permite percibir sus prejuicios y percatarse del espacio de sentido que existe en su propio horizonte.⁶ Gadamer criticó el monismo y consideró que la realidad puede ser interpretada de forma múltiple. La teoría de la interpretación de Gadamer ha influido decisivamente en la conformación de una nueva ideología de lo que se ha denominado la postmodernidad.

Paul Ricœur, por su parte, consideró como parte de la interpretación del discurso histórico a la representación literaria del pasado. Dice “[...] a mi entender, hay interpretación en los tres niveles del discurso histórico: en el documental, en el de la explicación/comprensión y en el de la representación literaria del pasado. En este sentido, la interpretación es un rasgo en la búsqueda de la verdad en la historia que recorre los tres niveles: la interpretación es un componente de la intención misma de verdad de todas las operaciones historiográficas”.⁷

Para Ricœur, la historia pertenece al dominio de la literatura, incluso la concibe como vasalla de la misma; afirmación que no comparto, pero lo que no se puede negar es que son disciplinas afines en el ámbito de las humanidades. Para él, la

⁵ H. G. Gadamer. (2001). *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme. T. I. p. 24.

⁶ *Ibid.* T. I. pp. 225-237.

⁷ P. Ricoeur (2000). *La memoria, la historia, el olvido*, México: FCE, pp. 240.

representación del pasado ~~consiste en interpretar los hechos~~ afirmados, tanto en el nivel ~~documental~~ cuando se seleccionan las fuentes, como en el nivel de explicación/comprensión. La representación, en el sentido de volver a presentar una continuidad entre la fase explicativa y la de la narración de los mismos. En la acción literaria se encuentra el carácter activo de la operación histórica y el objetivo intencional que hace de la historia la heredera erudita de la memoria, de la remem-branza del pasado. Opinó que, así como no tenemos nada mejor que la memoria para asegurarnos de la realidad de nuestros recuerdos, no poseemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio para acreditar la representación histórica. La pretensión de verdad de la historia le da sentido por la pretensión de verdad de otras ciencias. El reto referencial de esta pretensión es el pasado mismo. Asimismo criticó los intentos que ha habido por escribir la historia mundial, no por el intento mismo, sino porque: “El concepto colectivo singular sólo sería realmente estimado, celebrado, si se llegase a renovar el principio leibniziano de razón suficiente, por el que la diversidad, la variedad, la complejidad de los fenómenos constituyen los componentes oportunos de la idea del todo”.⁸

3. Análisis del discurso e historia conceptual

Otra perspectiva emanó de diversos análisis que han subrayado la importancia del estudio del lenguaje como punto de encuentro entre el universo social y el cultural; en el contexto francés se desarrolló particularmente en el análisis del discurso, mientras que en el ámbito anglosajón se plasmó en la llamada historia de los conceptos. El análisis del discurso se ha remitido al carácter “construido” de la realidad como construcción discursiva.

⁸ *Ibid.*, pp. 396.

La historia conceptual se ha ocupado de la historicidad de los conceptos, o sea, de su modificación por medio del tiempo y sus usos diferenciados según el contexto social donde se empleen. Reconoce dos tradiciones: la anglosajona de la Cambridge School con Quén­tin Skinner a la cabeza, y la alemana con Reinhart Koselleck. Skinner se enfocó a estudiar los conceptos políticos aplicados a textos clásicos, como el de *Maquiavelo*, en tanto que Koselleck se orientó a superar a la clásica historia de las ideas en su obra *la Historia social de los conceptos*. A diferencia de la historia cultural más centrada en los sectores populares, la historia intelectual abordó el estudio de las élites culturales plasmadas en textos, así como sus entornos de producción y de recepción. A su vez, se distinguió de la clásica historia de las ideas porque abandonó su estilo taxonómico, intentó superar las contradicciones del pensamiento ofreciendo una versión sintética y homogénea de cada autor y se propuso estudiar el pensamiento en sus propios contextos de producción y circulación.

4. Sociología, historia y cultura

La historia cultural también se enriqueció con las aportaciones de la disciplina sociológica. Los sociólogos más destacados respecto a su contribución son el francés Pierre-Félix Bourdieu y el alemán Norbert Elías.

Bourdieu formuló una teoría que conjunta lo objetivo con lo subjetivo en *El sentido práctico*. Definió dos conceptos nuevos, el *habitus* y el campo, y reinventó otro ya establecido: el capital. Por *habitus* entendió las formas de obrar, pensar y sentir que se originan en una persona por la posición que ocupa en la estructura social. En cuanto al campo, lo definió como el espacio social que se crea en torno a la valoración de hechos sociales tales como el arte, la ciencia, la religión, la política. Dichos espacios se encuentran ocupados por agen-

tes con distintos *habitus*, y con capitales distintos, que condic-
ten tanto por los recursos materiales como los simbólicos del
campo. Estos capitales, a parte del capital económico, están
formados por el capital cultural, el capital social, y por cual-
quier tipo de capital que sea percibido como “natural”, al que
denomina capital simbólico. Los agentes “juegan” en los
distintos campos sociales, en el *habitus* propio a su posición
social y con los recursos de que disponen, y en este juego
contribuyen a reproducir y transformar la estructura social.

Elías, por su parte, concentró sus estudios en la relación
entre poder, comportamiento, emoción y conocimiento del
tiempo. Le dio forma a la llamada sociología figuracional, la
cual fue poco conocida hasta los años setenta. Su trabajo trató
de explicar las estructuras sociales complejas sin menospreciar
la importancia relativa de los agentes individuales. La obra más
conocida de este autor es *El proceso de la civilización*, donde
analizó a la Europa medieval, la transformación de la misma
mediante el proyecto moderno e ilustrado. En ella reflexionó
sobre el carácter de lo público y lo privado, la represión, los
tabúes y la cultura desde un modelo que construye a partir de
las teorías de Émile Durkheim, Sigmund Freud y Max Weber.

5. Las Escuelas de Birmingham y de Frankfurt

En los años cincuenta, la Escuela de Birmingham inició los
llamados estudios culturales promovida por Richard Hoggart,
Stuart Hall, Raymond Williams y E. P. Thompson. El interés
de los estudios culturales se centró más en análisis concretos
de casos históricamente situados que en tipos generales de
comportamiento. Se trató de análisis conscientemente críticos
y reconstructivos, no pretendieron ofrecer un modelo único
para todos los casos; tampoco respondieron a límites disciplinarios
establecidos. Es una experiencia transdisciplinaria que retomó
elementos de la crítica literaria, la teoría

social, la comunicación social y la semiótica. Un área particularmente interesante en la que convergen variables antropológicas, socioeconómicas, políticas y culturales es el multiculturalismo, problemática relacionada con los efectos paradójicos de una globalización que, a la vez que proclama la idea de una cultura “universal”, revela como nunca antes la multiplicidad de las culturas.

En Alemania existe una larga tradición de estudios sobre la cultura promovida por los más prestigiosos intelectuales de la Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer, Benjamin, Marcuse y Habermas, entre otros. Esta escuela se orientó al estudio de las industrias culturales, la producción cultural en la sociedad capitalista y la cultura de masas.

6. La microhistoria

Paralelamente, en Italia se estaba produciendo el nacimiento de la microhistoria, cuyas influencias y los debates derivados de ella continúan teniendo peso hasta nuestros días. Surge de un grupo reducido de historiadores que se habían integrado a la revista *Quaderni Storici*, fundada en 1966: Eduardo Grendi, Carlo Poni, Giovanni Levi y Carlo Ginzburg. Precisamente Ginzburg logra con *El queso y los gusanos* (1976) un producto renovador tanto de la historia social como de la historia cultural, además de ser un ejemplo de los aportes que el diálogo con la antropología podía ofrecer a la historia, fundamentalmente cuando se adentraba en los problemas de la cultura popular. Así, el método de la reducción de escalas permitía atender a las historias individuales, a las subjetividades y a las prácticas culturales, reconstruir redes de relaciones sociales concretas, cuestionar los métodos macrohistóricos y volver a redefinir la relación entre lo singular y lo general.

A manera de conclusión en palabras de O'Gorman

Para finalizar, quisiera retomar las palabras del Dr. Edmundo O'Gorman respecto a la labor creativa del historiador. El historiador reconoce como a un fantasma del quehacer histórico, al individuo que pretende encontrar seguridad y sustento en el estudio de lo que pasó con base en una investigación exhaustiva, y olvida que existe un subconjunto no despreciable de lo acaecido, pero sin huellas testimoniales. Por consiguiente, siempre habrá pruebas no consideradas. La verdad histórica, si no depende de la imparcialidad y la constancia, ¿entonces, de que depende? Para O'Gorman, ésta depende del historiador y de aquel momento apocalíptico que se nutre de su experiencia, formación, cultura, preferencias, sus filias y sus fobias que denominamos creación. El historiador hace su historia y con ello hace historia. En esa revelación se encuentra la verdadera aventura y el goce de la dedicación cotidiana, esforzada y heurística de la historia. Recuerda, en principio, que lo que pasó es el resultado de lo que no pasó, pero pudo haber pasado.

El historiador como tal no puede ser exhaustivo sino a través de la imaginación, esta cualidad cuasi divina, nos permite crear y nos impulsa a hacerlo. Su contribución es el elemento sustantivo de lo que puede y debe estimarse como la racionalidad peculiar a la tarea de la historiografía. Eliminar la imaginación del proceso de elaboración de la historia tiene un altísimo costo, porque es en última instancia huir o rehuir a la interpretación personal; sin ella lo que se ofrece por impresionante que parezca en obra y en volumen, se reduce a la aglomeración de materiales históricos. En suma no existe historia sin imaginación.

Bibliografía

- BLOCH, Marc 1988 (c. 1924) *Los reyes taumaturgos*. México, FCE.
———, 2000 (c. 1949) *Introducción a la historia*. México, FCE
(Breviarios, 64).
- BRAUDEL, Ferdinand 2002 (c 1959). *Las ambiciones de la historia*. Barcelona, Crítica.
- CHARTIER, Roger 2000. *Cultura escrita, literatura e historia: conversaciones de Roger Chartier. Coacciones transgredidas y libertades restringidas*. México, FCE.
- DE CERTEAU, Michel 1993 (c. 1978). *La escritura de la historia*, México, UIA.
- FEBVRE, Lucien 1993 (c. 1953). *Combates por la historia*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- GADAMER, Hans-Gerog 2001. *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme. T. I.
- KOSSELLECK, Reinhart 1993 (c. 1979). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós Básica.
- LE GOFF, Jacques, Roger Chartier y Jacques Revel [s.a.]. *La nueva historia*. Bilbao, Mensajero.
- RICŒUR, Paul 2000. *La memoria, la historia, el olvido*, México: FCE, pp. 240.